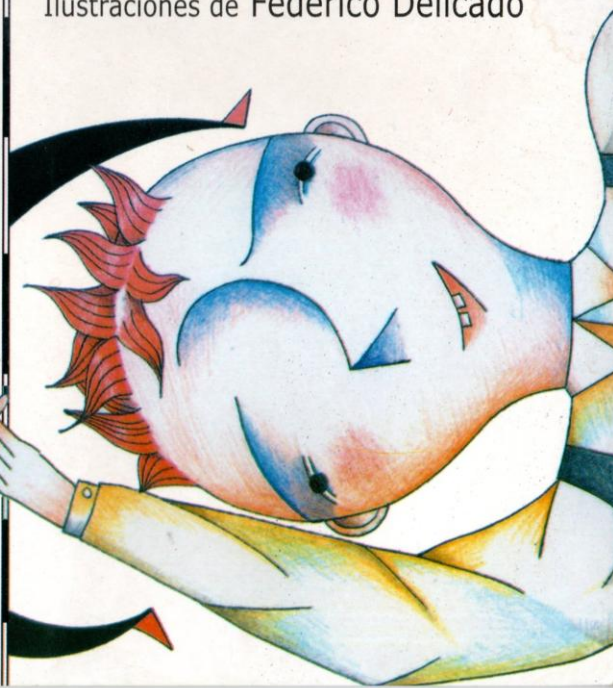




Pilar Mateos

# ¡Qué desastre de niño!

Ilustraciones de Federico Delicado



15ª EDICIÓN

Pilar Mateos ¡Qué desastre de niño!



Pilar Mateos  
¡QUÉ DESASTRE  
DE NIÑO!

FERMÍN ERA UN POCO DESPISTADO Y SIEMPRE SE LE ESTABAN PERDIENDO COSAS: EL TREN ELÉCTRICO, UN JERSEY, LAS ZAPATILLAS..., HASTA QUE UN DÍA SE LE PERDIÓ LA VOZ. ¿QUÉ PODÍA HACER PARA RECUPERARLA?

PILAR MATEOS, ES UNA DE LAS MÁS CONOCIDAS ESCRITORAS DE LITERATURA INFANTIL. EDICIONES SM HA PUBLICADO TAMBIÉN SUS LIBROS LA BRUJA MON, HISTORIAS DE NINGUNO Y JERUSO QUIERE SER GENTE.

PRIMEROS LECTORES



Fermín era un niño como los demás.  
Ni más alto que tú,  
ni más listo.  
Sabía contar chistes,  
hacer el pino y dibujar helicópteros.  
Pero él tenía un problema  
que, seguramente,  
no tienes tú.

Y es que lo perdía todo:  
el tren eléctrico de su cumpleaños;  
su jersey favorito;  
una tortuga del tamaño de un melón,  
que se llamaba María Rosa,  
y cuatro peces de colores  
metidos en una pecera.



—¿Se puede saber  
qué ha pasado con la pecera?

—Yo no lo sé.

Estaba aquí.

Y allí no estaba.

—¿Y el televisor?

¿Dónde has metido el televisor?

—Yo no lo he tocado.

—Sí, señor.

Tú has sido el último.

Estabas viendo una película de risa.

—Pues se me habrá perdido.

Lo buscaron en la terraza,  
en el cuarto de baño,

6



debajo del sofá  
y en los escondites  
que hay detrás de las puertas.

Y no apareció por ninguna parte.

Con Fermín  
siempre pasaban esas cosas.

Subía el pan  
y lo perdía por las escaleras.

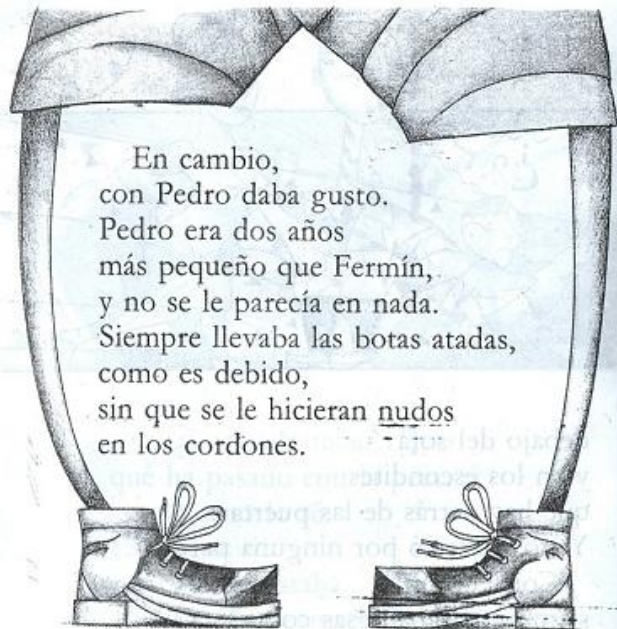
Se ponía las zapatillas  
de su hermano Pedro  
y volvía a casa descalzo.

—¿Y mis zapatillas?

—¡Anda!

Se me han perdido.

7



En cambio,  
con Pedro daba gusto.  
Pedro era dos años  
más pequeño que Fermín,  
y no se le parecía en nada.  
Siempre llevaba las botas atadas,  
como es debido,  
sin que se le hicieran nudos  
en los cordones.

Y todas sus pinturas tenían punta.  
Todas.

La amarilla también.

Sus bolígrafos  
conservaban la capucha.



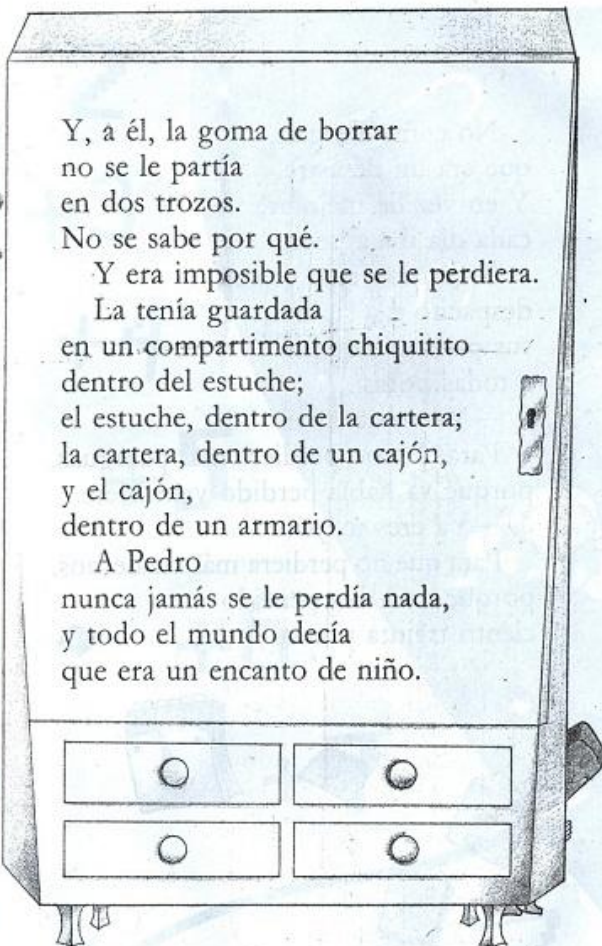
Y, a él, la goma de borrar  
no se le partía  
en dos trozos.

No se sabe por qué.

Y era imposible que se le perdiera.

La tenía guardada  
en un compartimento chiquitito  
dentro del estuche;  
el estuche, dentro de la cartera;  
la cartera, dentro de un cajón,  
y el cajón,  
dentro de un armario.

A Pedro  
nunca jamás se le perdía nada,  
y todo el mundo decía  
que era un encanto de niño.



9

No como Fermín,  
que era un desastre.  
Y en vez de mejorar,  
cada día iba a peor.

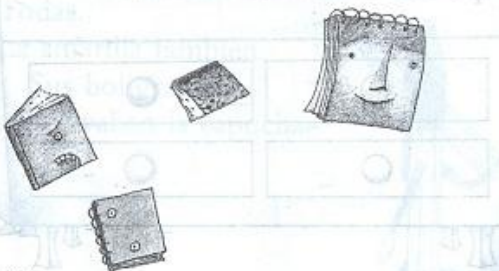
Según lo veían crecer,  
despacito y a su aire,  
sus padres le decían  
a todas horas:

—Ya eres mayor.

Para que no perdiera más paraguas,  
porque ya había perdido veintisiete.

—Ya eres mayor.

Para que no perdiera más cuadernos,  
porque ya había perdido  
ciento treinta y uno.



10

2  
+3

+4

+5

+6

+7



—Ya eres mayor.

Porque el bastón de la abuela  
había desaparecido  
más de veinte veces.  
Siempre el mismo,  
por cierto.

Era un bastón  
que acababa volviendo solo,  
de manera misteriosa,  
como si tuviera patas,  
o como si no quisiera  
separarse de la abuela.

12

—Ya eres mayor, Fermín.  
No pierdas más cosas.

Y Fermín, como si nada.

En un solo día  
perdió tres cochecitos nuevos,  
una pelota gigante  
de cinco colores,  
dos libros de cuentos  
y las gafas de la abuela.

Se las había puesto  
para leer los cuentos.  
Y por eso le dolían los ojos.

Y la abuela, sin gafas,  
veía muy poco.

Pero no se enfadaba.

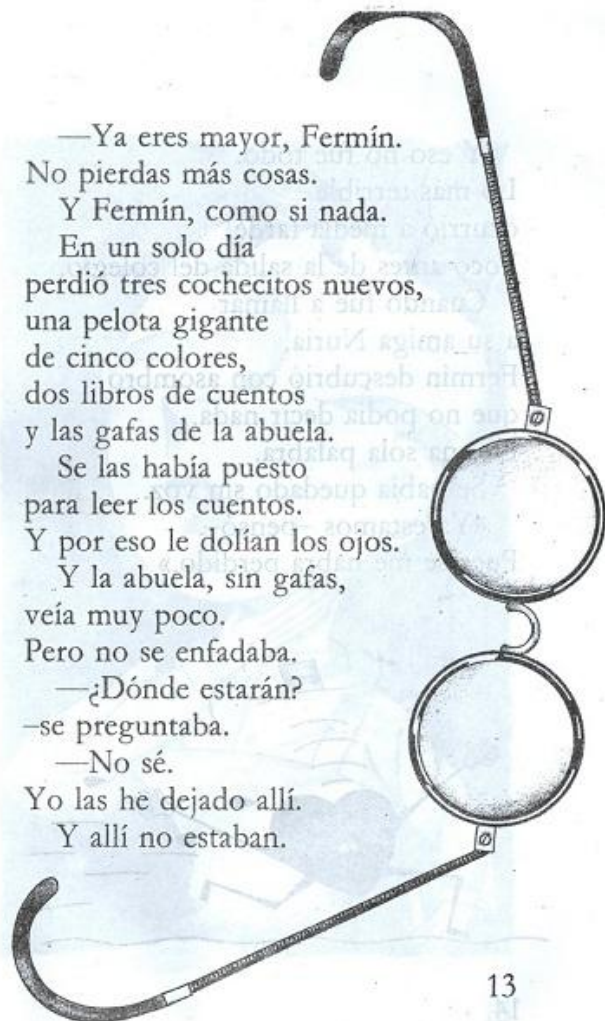
—¿Dónde estarán?

—se preguntaba.

—No sé.

Yo las he dejado allí.

Y allí no estaban.



13

Y eso no fue todo.  
Lo más terrible  
ocurrió a media tarde.  
Poco antes de la salida del colegio.

Cuando fue a llamar  
a su amiga Nuria,  
Fermín descubrió con asombro  
que no podía decir nada.  
Ni una sola palabra.

Se había quedado sin voz.  
«Ya estamos —pensó—.  
Pues se me habrá perdido.»



14



15

La había usado por última vez  
en el patio,  
gritando más fuerte que nadie,  
porque los mayores  
no les dejaban entrar  
en el campo de baloncesto.  
Y eso era una injusticia.  
Y se lo había pasado muy divertido.



16

A lo mejor  
se la había dejado allí olvidada,  
encima de un banco,  
como la camiseta azul.

«Iré corriendo  
—se dijo a sí mismo—,  
no sea que se la lleve el viento.»

Fue a mirar y no estaba.

Y se quedó muy preocupado.

Ahora sí  
que la había hecho buena.  
Esta vez,  
sus padres iban a enfadarse  
de veras.

Porque no es lo mismo  
perder una camiseta  
que perder la voz.



17

Una camiseta, ahorrando,  
puedes comprártela.  
Pero una voz, no.  
Aunque ahorres.

No podía entrar en una tienda  
y pedirle al dependiente:

—Deme una voz suavcita,  
por favor, de mi talla;  
que cante bien.

—De eso no tenemos  
—diría el dependiente.



O todavía peor.  
A lo mejor  
le vendía una voz campanuda,  
altisonante,  
como la de ese señor  
que habla en la tele.  
Y todo el mundo se volvería  
a mirarlo por la calle.  
Menuda vergüenza.

Fermín se puso colorado  
sólo de pensarlo.

Eso sí que no.



Tenía que encontrar su propia voz  
cuanto antes.

Así que se dedicó a buscarla  
por todos los rincones del patio,  
entre las macetas de pensamientos,  
y en el pequeño semillero,  
donde los de su curso  
habían sembrado patatas  
y alubias blancas.

Y en éstas,  
cuando estaba mirando  
a un lado y a otro,  
sin saber hacia dónde tirar,  
la oyó, de pronto, saltar  
a sus espaldas.



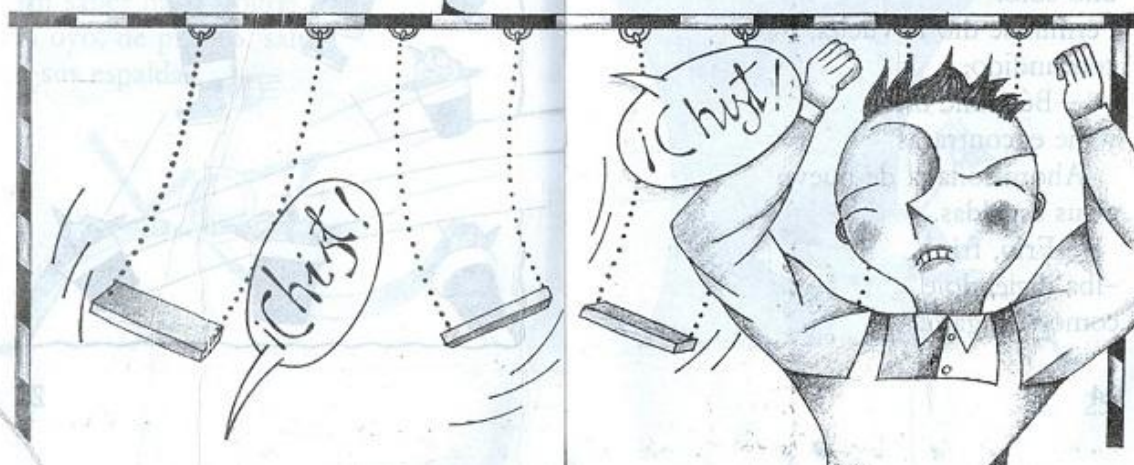
—¡Estoy aquí!  
—gritó su voz en tono de burla.  
Fermín se volvió como un rayo  
hacia los columpios  
y no vio nada.  
Se quedó muy quieto,  
con la boca abierta.  
—¡Chist! ¡Chist!  
—hizo la voz.  
Él avanzó unos pasos  
en línea recta,



y volvió a oírla,  
pero un poco más a la izquierda,  
cerca de los pensamientos.  
—¿Adónde vas?  
Fermín se quedó parado,  
y ni siquiera pestañeaba.  
Y la voz empezó a hablarle  
muy bajito,  
casi en un susurro,  
como si hubiera algún enfermo  
en el patio.

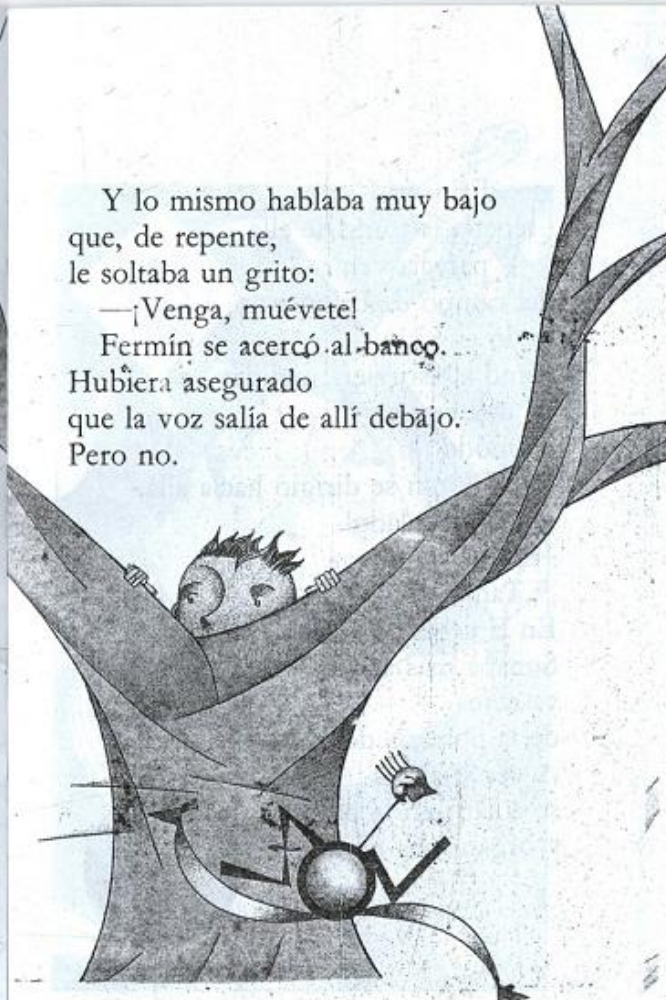
¡Chist!

¡Chist!



—Por aquí, por aquí  
—le repetía.  
¿Por dónde?  
Entre las macetas no se oía nada.  
En las ramas de un árbol  
cantaba un pájaro,  
uno sólo.  
Fermín se dio la vuelta,  
confundido.  
—Búscame bien  
y me encontrarás.  
Ahora sonaba de nuevo  
a sus espaldas.  
—Frío, frío  
—iba diciéndole,  
como si jugara.

Y lo mismo hablaba muy bajo  
que, de repente,  
le soltaba un grito:  
—¡Venga, muévete!  
Fermín se acercó al banco.  
Hubiera asegurado  
que la voz salía de allí debajo.  
Pero no.



—Fríó, frío  
—repetía la tonta de ella.

Y parecía venir  
del campo de baloncesto,  
de lo alto,  
como si estuviera metida  
en una cesta;  
de modo  
que Fermín se dirigió hacia allá.

—¡Templado!  
—canturreó la voz.

Tampoco.  
En la cesta no estaba.  
Sonaba más a la derecha,  
ya cerca  
de la portería del colegio.  
A ver si ahora  
se colaba en la portería  
y organizaba un lío.



26



27

—¡Templado!  
—seguía diciéndole.  
Qué cosa más rara.  
Tan pronto se la oía  
en el campo de baloncesto  
como se aproximaba  
a la portería del colegio.  
Fermín no sabía hacia dónde tirar.

—No das una  
—dijo la voz con impaciencia—.  
Así es muy aburrido.

¿Vendría de los lavabos?  
Fermín echó una carrera  
y se paró delante de la puerta.

—¡Caliente!  
—exclamó la voz.

28

Y de golpe se cambió de sitio,  
y se echó a reír  
junto al pájaro  
que estaba cantando.

El pájaro dejó de cantar,  
y Fermín se sentó  
sobre las raíces del árbol.

—¿No quieres jugar?  
Él no contestó.

Esperaba que la voz se cansara  
de hacer el tonto  
y volviera con su dueño.  
Después de todo,  
¿qué iba a hacer ella sola  
revoloteando por ahí?  
Una voz sola  
no sirve de gran cosa.

29



30

Necesitaba su cabeza para pensar  
y su corazón para sentir.

Una voz suelta es  
como si fuera un loro.  
No tiene sentido común.  
Y por eso hacía esas payasadas.  
Resbalar, susurrando,  
por el tronco del árbol  
y ponerse al lado de Fermín.

—Vamos a hacer un trato  
—le propuso.

Fermín permaneció atento.

—Te digo una adivinanza,  
y si no la aciertas,  
has perdido.

Y sin más,  
empezó a recitar dando voces,  
como una loca,  
muy de prisa.

Armó tanto jaleo que Felipe,  
el portero del colegio,  
se asomó un momento

31

a ver lo que pasaba.  
Y entre unas cosas y otras,  
Fermín no se enteró  
del acertijo.

—Te lo diré otra vez  
—dijo la voz  
con ese tono  
de los que tienen mucha paciencia:

Y lo repitió en falsete,  
poniendo voz de pito:

*Sin barco cruza los mares,  
sin avión va por el cielo,  
se le escucha en todas partes  
y contigo habla en secreto.*

Ésa era la adivinanza.



32

Se la dijo  
y esperó un segundo.

—¿Qué es?

Fermín se quedó callado.

—¿Lo sabes o no?



33

Lo sabía,  
pero justo en ese momento  
no recordaba la respuesta.  
Y la tenía en la punta de la lengua.  
Eso era lo que más rabia le daba.

—Lo siento  
—dijo la voz—.  
Has perdido.

Se puso a canturrear  
una canción en inglés,  
y sonaba cada vez más lejos;  
hasta que se fue volando  
por el tejado.



Y Fermín se quedó allí,  
sin saber qué hacer.

Entonces  
pasaron corriendo sus amigos,  
que iban a subir al autobús.  
Y lo llamaron.

—¡Corre, Fermín,  
que pierdes el autobús!

Porque Fermín era capaz  
hasta de perder un autobús.

Durante el trayecto,  
Nuria se sentó a su lado,  
como siempre,  
y le preguntó:

—¿Mañana vienes a mi casa?  
Fermín no le contestó.

35

—Es fiesta

—le recordó Nuria—.

Si quieres, voy yo a la tuya.

Mi padre me da permiso.

Y Fermín no decía

ni que sí ni que no.

Entonces, Nuria se puso de pie  
en el asiento.

—¿Estás tonto o qué?

¿Te has enfadado?

¿Qué le pasa a este chico,  
que no quiere hablar conmigo?

¡Eh! ¡Vosotros!

¡Que Fermín no me habla!

¡Que no dice nada!

Todo el autobús se enteró  
de que Fermín no hablaba.

Todos los viajeros se volvieron  
a mirarlo con curiosidad.

Y no dejaron de mirarlo

hasta que llegó a su parada.

36



37



38

Y al entrar en su casa,  
todavía fue peor.

—Fermín,  
¿dónde has dejado tu cartera?

—Fermín,  
¿has guardado tú  
mis tijeras de las uñas?

—Fermín,  
no me has devuelto el lápiz  
que te presté.

Y Fermín, callado.

—¿Qué pasa?  
—le preguntó su padre.  
¿Te ha comido la lengua el gato?

La abuelita fue la única  
que se dio cuenta  
de lo que pasaba.



39

—Has perdido la voz, ¿verdad?  
Fermín dijo que sí  
con la cabeza.

—No te preocupes.  
Ya aparecerá.

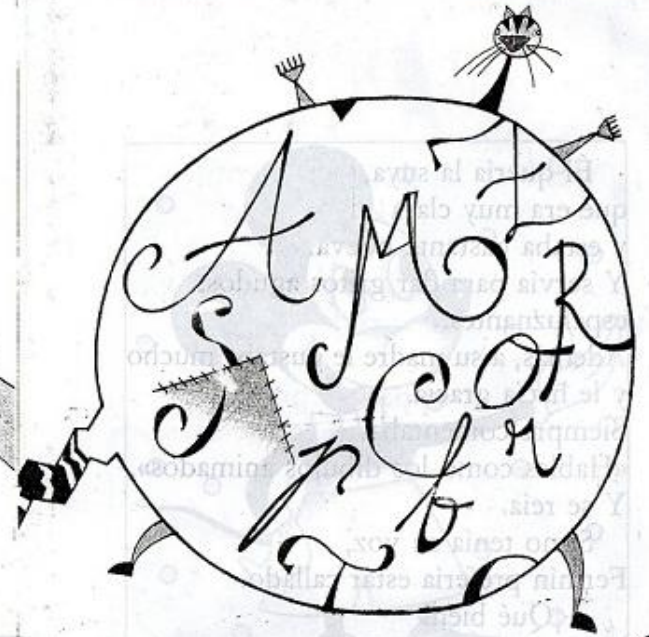
La abuelita era así.  
Nunca se enfadaba por nada.

—Si quieres,  
te presto la mía  
—le ofreció.

Pero Fermín no quería  
la voz de la abuelita,  
porque ya estaba muy usada  
y tenía algunos rotos.



40



Decía palabras antiguas,  
que nadie conocía;  
trabucaba los nombres  
de los futbolistas  
y no sabía cantar en inglés.

Sus amigos se reían de él  
si le oían hablar  
con la voz de una abuelita.

Él quería la suya,  
que era muy clara  
y estaba bastante nueva.  
Y servía para dar gritos agudos,  
espeluznantes.  
Además, a su madre le gustaba mucho  
y le hacía gracia.  
Siempre comentaba:  
«Hablas como los dibujos animados».  
Y se reía.

Si no tenía su voz,  
Fermín prefería estar callado.

—¡Qué bien!  
—dijo su hermano Pedro—.  
Como Fermín no habla, hoy no nos  
molesta nadie.

Fermín le dio una patada  
por debajo de la mesa  
y Pedro le contestó con un pisotón.

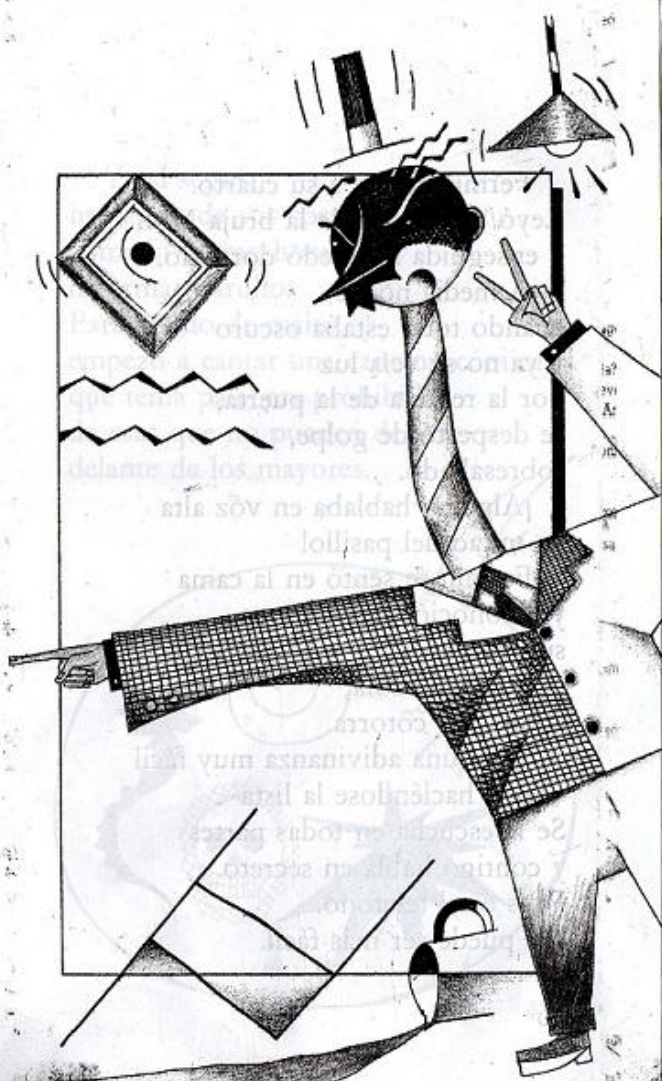
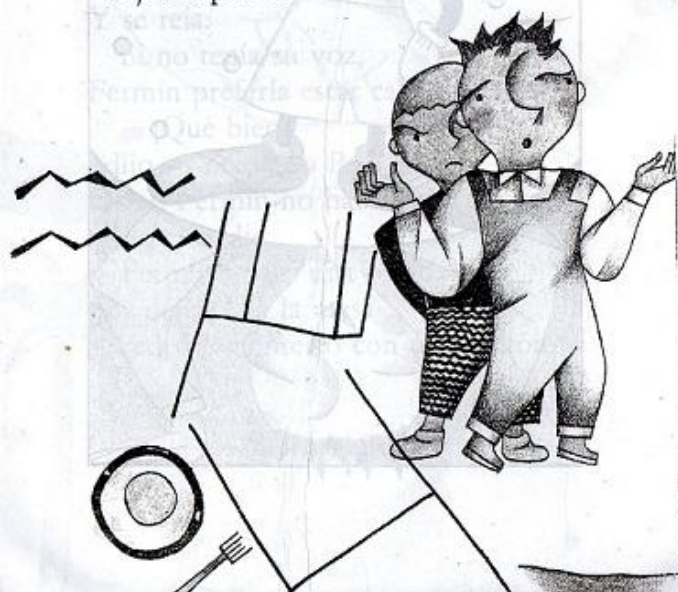
42



43

Pusieron las sillas patas arriba,  
volcaron la jarra de agua  
y les regañaron a los dos.  
Y Fermín no podía explicar  
que él no tenía la culpa  
y que era Pedro  
el que había empezado primero.

—Los dos, a la cama  
—dijo su padre.



Fermín se fue a su cuarto.  
Leyó un cuento de la bruja Mon  
y enseguida se quedó dormido.

A media noche,  
cuando todo estaba oscuro  
y ya no se veía luz  
por la rendija de la puerta,  
se despertó de golpe,  
sobresaltado.

¡Alguien hablaba en voz alta  
en mitad del pasillo!

Fermín se sentó en la cama  
y reconoció, con espanto,  
su propia voz  
parloteando sola,  
como una cotorra.

—Es una adivinanza muy fácil  
—decía haciéndose la lista—.

Se le escucha en todas partes  
y contigo habla en secreto.

Pues es el teléfono.

No puede ser más fácil.

46

Y así seguía,  
hablando de sus cosas,  
como si fueran horas  
de armar barullo.  
Para colmo de males,  
empezó a cantar una canción cómica  
que tenía palabras prohibidas,  
de esas que no pueden decirse  
delante de los mayores.



47

Y de repente  
se puso a dar voces,  
sin venir a cuento.

—¡Mañana quiero ir  
al parque de atracciones!  
—gritaba como una loca—.

¡Y quiero desayunar  
chocolate con churros!

¡Iba a despertar a toda la casa!

De lo asustado que estaba,  
Fermín no se atrevía a moverse,  
ni a respirar casi.

Como tenía que suceder,  
al punto apareció su madre,  
un poco alarmada.

—¿Qué quieres, hijo?

¿Estabas soñando?

¿Qué decías del desayuno?

Y Fermín no podía explicarle  
que él no había dicho nada.

Su madre le dio un beso  
y le remitió la sábana  
bajo el colchón.

—Anda, duérmete.



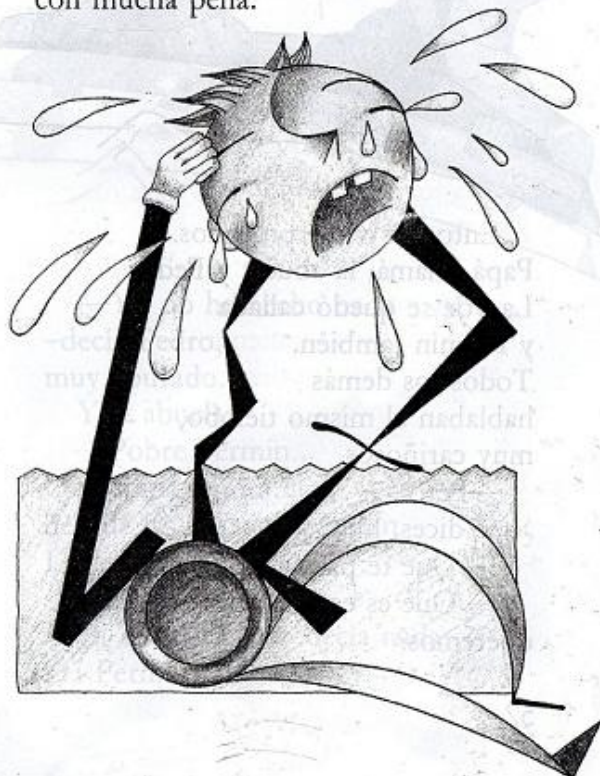
de repente  
 Como tenía que  
 al punto a  
 un poco  
 Estas cosas  
 ¿Qué decías de  
 Y Fermín  
 —gritaba—  
 En esta casa  
 no hacen más que reñirme  
 porque lo pierdo todo.



Al único que quieren es a Pedro,  
 porque él no pierde nada.  
 Y el bastón de la abuela  
 ha aparecido veinte veces.  
 ¡No estaba perdido!  
 ¡Me han regañado veinte veces  
 sin ningún motivo!  
 ¡Hip, hip!

50

Y ella sola,  
 por su cuenta,  
 se puso a llorar a gritos,  
 con mucha pena.



Entonces vinieron todos.  
 Papá, mamá, la abuela y Pedro.  
 La voz se quedó callada  
 y Fermín también.  
 Todos los demás  
 hablaban al mismo tiempo,  
 muy cariñosos.  
 —Pero  
 ¿qué dices, hijo?  
 —¿Qué te pasa a ti, mi vida?  
 —¿Qué es eso de que no te  
 queremos?

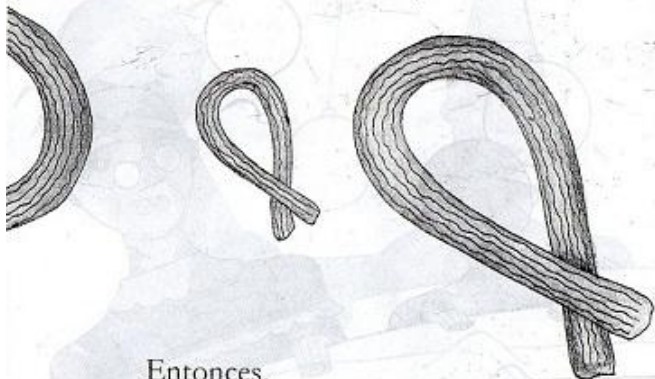
52



—Yo no he hecho nada  
 —decía Pedro,  
 muy apurado.  
 Y la abuela:  
 —Pobre Fermín...  
 Qué culpa tendrá él  
 de que las cosas se pierdan.  
 Las cosas siempre  
 se pierden solas.

El único que no decía nada  
 era Fermín.

53



Entonces,  
su madre le trajo un vaso de agua  
y le preguntó:

—¿Me quedo un ratito contigo?

Y se quedó.

A la mañana siguiente,  
cuando Fermín se despertó,  
ella ya no estaba allí.

Había bajado a la churrería.

Y Fermín desayunó  
chocolate con churros,  
como un rey.

Cuando estaba a punto de terminar,  
su padre se le acercó  
y le acarició la cabeza.

No dijo nada  
de que le hubiera perdido su llavero  
con todas las llaves:  
la de la moto,  
la del portal,  
la de la oficina.

No hizo ningún comentario sobre eso.  
Sólo dijo:

—Venga, chaval,  
date prisa,  
que nos vamos  
al parque de atracciones.



Y la voz de Fermín,  
que andaba por allí  
un poco adormilada,  
se espabiló de repente.

—¡Al parque de atracciones!

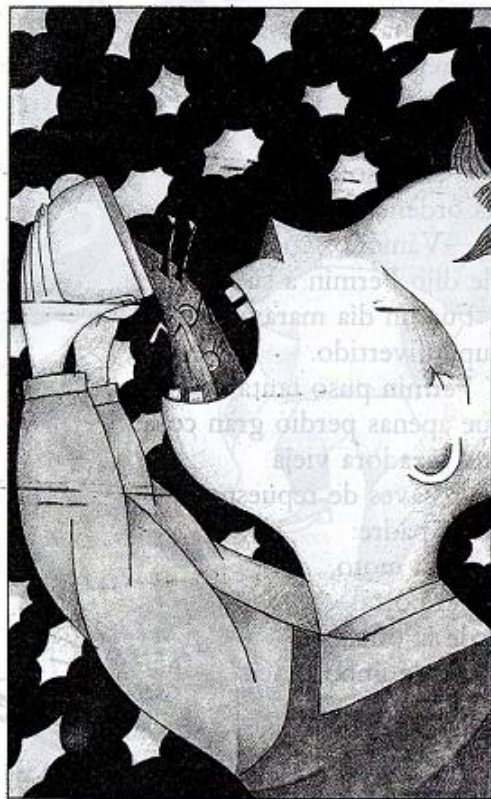
¡Bien!

¡Me montaré en los caballitos,  
en la noria gigante  
y en los coches de carreras!

La voz salía directamente  
de la taza del desayuno.

Antes de que pudiera escaparse,  
Fermín la tapó con la mano  
y, sin darle tiempo a rechistar,  
se bebió todo el chocolate  
de un tirón,  
con ella dentro.

La voz le revoloteó un instante  
en la garganta,



como una mariposa  
sorprendida en la red.  
Enseguida se acomodó en su sitio,  
sin más tropiezo,  
y se dispuso a esperar  
las órdenes de su dueño.

—Vámonos corriendo  
—le dijo Fermín a su padre.

Fue un día maravilloso.  
Superdivertido.  
Y Fermín puso tanta atención  
que apenas perdió gran cosa:  
una cazadora vieja  
y las llaves de repuesto  
de su padre:  
la de la moto,  
la del portal,  
la de la oficina.  
Nada de importancia.

58

